

De puño y letra de Ademar Alves

Maratón de cuentos (15)

PERMUTA

Raquel tenía catorce años y su madre cuarenta y dos. Sus únicos ingresos era la pensión de viuda de la madre y el alquiler de la finca del fondo en la temporada de playas. Solamente para estudiantes del interior mientras se preparan los exámenes de febrero.

La casa tiene buena reputación. La señora es seria, "come santos" como dicen. La niña parece una burla de la naturaleza. Tan linda y simpática como fea y seca la madre. La niña siempre con una flor en el pelo, la madre con su biblia bajo el brazo. Esta enviudó hace ocho años y no sólo nunca se casó, sino que no se le conoce "un asunto". Las únicas salidas son a las misas y las clases de catecismo que la señora da. Es un ejemplo de consagración a Dios y a la memoria del difunto. Este es el segundo año que los dos estudiantes del fondo se prepararan para los exámenes. La señora fue tajante en sus condiciones. Enero y Febrero, ni un día antes ni un día después. Para asegurar el lugar, porque tienen mucha demanda, les cobra el mes de Diciembre. Los padres de los muchachos protestan pero pagan. El año anterior salvaron todos los exámenes.

Todo comenzó a los diez días de estar ahí, el año anterior. La señora que no se ríe nunca, les preparar las comidas, lava la ropa, arregla sus cuartos. Los chicos se sienten como en una iglesia, estaban a punto de escribir a sus padres para que los liberaran del mandril. Una noche después de la cena, ya en sus cuartos, descubren cada uno por separado, en sus bolsillos una esquelita coquetamente escritas con letras infantiles. La niña Raquel cita en los días pares a uno y en los impares al otro, a penetrar por la ventana abierta de su alcoba, a tal hora y que sean puntuales. No prender la luz, no hablar ni hacer ni un ruido. Su madre duerme al lado. Tiene sueño liviano. Es un vampiro que si se entera de algo los mata a los tres. Ella es muy tímida, y temerosa de su madre que es muy inteligente. La más mínima insinuación, aunque estén solos y sin orejas indiscretas, es una ruptura terminante. "Entrás, hacés lo que tenés que hacer, te vestís y te vas". Los dos chiquillos por separados se sintieron en la gloria. Y llegaron casi a la misma conclusión frente al atrevimiento de la niña. Es una venganza por vivir con un ogro, uno. Es la venganza por vivir con una bruja, el otro. Los dos cumplieron estrictamente con lo pactado. Y fueron puntuales. Cada uno por separado admiraron, y como la admiración es la antesala del amor, más se enamoraron de la niña, por su gran capacidad de disimulo. Primero creyeron que era una gran actriz. Luego pensaron y se apenaron porque ese disimulo era debido al temor. El único desliz que tenían los dos por separado, era al entrar al comedor, mirar de reojo por la puerta siempre abierta del coqueto dormitorio de la niña y percibir ese tenue aroma a lavanda tan disfrutado, uno los días pares y el otro los impares. La niña amaba a su madre, la respetaba y leía la biblia todas las noches con ella. En sus rezos pedía por la cordura de su madre. Temía que tuviera clorótica. Era un firme indicio ese querer volver a la niñez. En los meses de verano la hacía dormir en la cama grande de su cuarto. Ella dormía en su cuartito chico, en la camita que cuando niña la hacía sentir feliz.